

diese una escuela elemental para los pobres á las clases de ciencias para los seglares.

Aquel buen siervo de Dios le respondió, y la respuesta nos la ha conservado el mismo Calasanz. «Por la experiencia que me da mi ministerio parroquial estoy tan persuadido como vos de la utilidad de esas escuelas en el pueblo cristiano: pero, por el momento, nuestra Orden, y particularmente, nuestro convento de la Minerva no puede ocuparse en ellas eficazmente. Para obra tan llena de frutos de salvación es necesario acudir á Dios y no á los hombres. Roguémosle juntos para conocer al hombre de su elección. Digámosle como los Apóstoles. *Señor, vos que conocéis el corazón de todos los hombres, mostrad al que habéis elegido*». (1) De rodillas y con gran fervor repitieron tres veces aquella oración, y José se dirigió inmediatamente á la iglesia de la Minerva para presentar á Dios su petición. Llorando le dijo: *Los niños piden pan, y no hay quien les dé*, (2) y diciéndole que *El era el custodio de los niños. Custodiens parvulos Dominus*. (Salmo CXIV, 6). Cuanto más oraba, más le hacía comprender el Señor la verdad de este proverbio del Espíritu Santo. *Puesto el joven en su camino, aunque envejeciere, no se apartará de él*. (3) Por consiguiente, todas las clases sociales, ricos y pobres, nobles y plebeyos, y sobre todo, los magistrados encargados de la gobernación de los pueblos, son buenos ó malos según la educación que hayan recibido en su niñez.

Más le impresionaba el interés de la religión que el interés de la sociedad civil. Los sacerdotes, los párrocos, los obispos, todos los miembros del clero, apacientan el rebaño de Cristo; pero sobre todo son su modelo, según se les ha enseñado desde su juventud; mientras que gran número que desconocen la abnegación, se pierden con la ociosidad, y dejan que se condenen las almas. Su gran erudición le hacía recordar lo que había leído en los Anales de la Iglesia y en los de los Santos Padres. San Marcos evangelista y sus sucesores en la Escuela de Alejandria, San Panteo, San Clemente, y después Orígenes, habían dispuesto que fueran los sacerdotes los únicos encargados de la educación de los niños, no juzgando capaces de ministerio semejante á los legos. Protógenes de Carra quería que se enseñase pronto á los niños á escribir bien; pero sobre todo que se les enseñase la doctrina cristiana. San Casiano, obispo de Imola, San Crisóstomo en Constantinopla, San Wolfango en Ratisbona, San Gregorio el Grande en Roma, los más Santos y los más grandes Obispos del mundo entero, formaban en sus propias casas á los niños y á los jóvenes en las costumbres y en la dis-

(1) *Tu Domine, qui corda nosti omnium, ostende quem elegeris*. (Hechos, Ap. I, 24).

(2) *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*. (Lamentaciones. IV, 4).

(3) *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*. (Proverbios, XXII, 6).

ciplina cristiana. Los emperadores cristianos habían multiplicado las escuelas en Roma, y estaban tan bien dirigidas, que acudían á ellas los jóvenes de todos los países. Fué allá desde Cartago San Agustín, porque, como dice en sus confesiones: «Había oído que los jóvenes eran allí más pacíficos, y que estaban sometidos á una disciplina regular». (Libro V, cap. 8). Debiera servirnos de regla la conducta de los enemigos de la Iglesia, porque, queriendo destruir Juliano el apóstata la Religión de Cristo, nada halló tan eficaz como prohibir á los jóvenes cristianos el estudio de las letras. No podían tampoco ser más explícitos los Concilios ecuménicos y provinciales. Exigían que en todas partes fuera confiada la juventud á maestros hábiles, de vida honesta, sinceros en la fe, porque de los niños depende la sucesión de los buenos ministros de la Iglesia, y de los buenos magistrados de las ciudades.

Hemos compendiado considerablemente los buenos testimonios que abundan en los escritos de San José; pero hemos creído que obrábamos prudentemente presentando una parte, porque si entre nuestra época y el siglo XVII hay diferencias evidentes, no hay duda que hay situaciones muy parecidas. Eran entonces muy numerosas las vocaciones eclesiásticas y religiosas; pero, como lo habían dicho los Santos Padres, había muchos sacerdotes, pero pocos sacerdotes, muchos en el nombre, pocos en las obras. En nuestros días son tan raras las vocaciones, que los prelados de las diócesis no pueden atender á las más urgentes necesidades: ¿por qué? porque la educación primera no ha permitido traslucirse las vocaciones. Los Directores de los Seminarios son indulgentes por necesidad, no pudiendo escoger en tan corto número de candidatos, y disminuye todos los días el clero, tanto en cantidad como en calidad. ¡Cuánto más profundo se hará este abismo, si los pocos maestros cristianos que hoy existen no se aplican mucho más á formar los corazones que las inteligencias de los niños! ¿Se apurarán los católicos por crear y sostener escuelas libres? ¿de qué sirven sus sacrificios, si sensiblemente no se hace en ellas más que en las escuelas de gobiernos impíos? En un gran ciudad se conseguirá más con una sola Escuela buena, que con veinte que no tengan sino el rótulo de escuelas cristianas: bien nos lo han enseñado los últimos cincuenta años.

Preguntábase José cómo en Roma donde tantos Santos fundaban todos los días obras tan útiles para el bien de la Iglesia, ni uno sólo se había hecho las mismas reflexiones que él, ni había pensado en educar á los niños pobres, que son los más numerosos en todas las ciudades. ¿Qué hubiera dicho, si hubiera vivido en una ciudad gobernada por el sufragio universal, donde domina el pueblo á su antojo, precisamente porque forma la mayoría, lo que le permite aplastar con su voto todas las mayorías de nacimiento, de fortuna y de inteligencia? No hay aquí ya sólo almas que se condenan en el aislamiento: hay una

sociedad que se descuaja por la ignorancia absoluta de las cosas de Dios. Lloraría á lágrima viva al encontrar por las calles tantos niños que ofenden á Dios con incalificable desvergüenza, prueba evidente de la ignorancia en que viven, no sabiendo distinguir entre el bien y el mal. Y no sabía Calasanz que el Doctor sapientísimo y gran señor por su nacimiento, á quien se habían ofrecido todas las dignidades, era el escogido por Dios en su misericordiosa bondad, para llevar remedio á tantos males.

Entre tanto, conduciale poco á poco á su destino la providencia de Dios. Un día de otoño de 1597 atravesaba una plaza donde niños desarrapados se entregaban á los juegos más inmodestos. José, que acostumbraba á andar con los ojos bajos, oía la gritería, pero no había visto nada. De repente escucha en el fondo de su corazón una voz que le dice: *¡Mira, mira, José!* Se detiene, contempla el cuadro de desolación que se ofrece á su vista, y se conmueven de compasión sus entrañas. Escucha al mismo tiempo la misma voz que le repite estas palabras del Espíritu Santo, y que le dan tanto en que pensar. *A ti ha sido dejado el pobre; tú serás el ayudador del huerfanito.* (1) Grábanse más profundamente que nunca en su espíritu, y se imponen forzosamente á su meditación: nada puede distraerle de ese pensamiento. Recuerda entonces la voz que oyó en otro tiempo en Urgel: *Ve á Roma, José, ve á Roma:* y la visión que tuvo en la misma ciudad, en que le parecía que estaba en Roma rodeado de niños á los que instruía y santificaba. Acuden á su memoria todos aquellos acontecimientos que habían tenido lugar en épocas y en lugares diferentes. Lo compara todo con la visión que tuvo el año anterior en la Iglesia de las Llagas, donde había prometido amor y fidelidad á la pobreza como á esposa suya. Representase los ardientes deseos que hace tanto tiempo le persiguen, de socorrer á los niños pobres y abandonados, y la clarividencia del bien que de ahí ha de resultar á la Iglesia y á la sociedad. Saca por conclusión que lo ha escogido Dios para aquella obra tan grande.

Fija ya su vocación en el fondo, le detienen sin embargo dos dificultades de forma: primera el gran número de niños que reclaman su auxilio. ¿Cómo podrá él solo atender á todos? ¿Buscará maestros, pagándolos con sus rentas? Sus rentas son escasas, y aunque las dé todas con la mayor voluntad, no bastan.

Pero recuerda que en la visión de Urgel, cuando se veía rodeado de tanto niño, le ayudaban los ángeles en aquel ministerio, con lo que podía concluir, que vendrían en su auxilio hombres buenos, acaso santos, y que de esta manera se extendería y perpetuaría la obra buena.

Resuelta esta dificultad por su confianza en Dios, le vino una segunda. En la visión de Asís, no lo había desposado San Fran-

(1) *Tibi derelictus est pauper, orphano tu eris adjutor.* (Salmo IX, 38.)



M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

A ver S. José de Calasanz unos niños mal entretenidos,
oye una voz del Cielo que le encarga la educación de la juventud:
— Contaba 41 años.

cisco sólo con la Pobreza, sino también con la Obediencia y con la Castidad. ¿Quería decir aquello que había de ser religioso? No estaba seguro de que fuera tal la voluntad divina, como lo estaba seguro de que lo quería consagrado á la juventud. Ciertamente que no experimentaba repugnancia alguna: había llegado á tal punto, que no tenía en cuenta ya ningún sacrificio, y con facilidad haría aquél como había hecho otros: ¿pero quería Dios que lo hiciera? En la duda, nada le impedía dedicarse á la educación de la niñez sin ser Religioso: lo porvenir lo iluminaría más completamente.

Según su método ordinario, hacíase delante del Señor aquellas reflexiones, multiplicando las prácticas de piedad y las asombrosas mortificaciones de que ya hemos hablado. Cuanto más ora, más claramente se le revela lo porvenir. Su plan está concluido. Como fin se consagrará á la educación religiosa de la juventud abandonada: como medio, convencerá á las familias incapaces de comprenderle, y se ganará á los mismos niños con el cebo de la enseñanza gratuita de las letras.

Entre tanto, aunque está seguro de su vocación, consulta á los amigos que él cree sinceros y llenos del espíritu de Dios. Entre otros es uno Santiago de Avila, cofrade suyo en la Sociedad de los Santos Apóstoles: consulta á sus Padres espirituales, y principalmente al P. Juan de Jesús y María, Carmelita Descalzo, que acababa de llegar de Génova á Róma, estimado de todos por su ciencia y por su santidad. Asegúranle todos que aquella es la voluntad de Dios. Satisfecho, da gracias á Dios que se ha dignado por fin darle á conocer sus caminos, y le suplica le enseñe él mismo la manera de andarlos bien. Se siente animado de extraordinario ardor para un ministerio tan enojoso en la apariencia, tan bajo y tan fatigoso para la naturaleza, pero tan sublime, tan angelical y tan divino á los ojos de la fe. Está lleno de confianza, recordando aquellas palabras de Santo Tomás de Aquino. «Prepara Dios de tal manera á los que llama á ciertos ministerios, que son aptos para cumplir todo aquello á que los destina, según dice San Pablo: *Dios nos ha hecho capaces de ser los ministros del Nuevo Testamento.* (1) Y dice además San Pablo: *Nadie puede atribuirse á sí mismo este honor, si no es llamado por Dios como Aarón.* (2) Es tan grande el honor de ser llamado á la santificación de las almas, que nadie puede pretenderlo sin vocación especialísima de Dios. Cinco años habían pasado desde que escuchó José la voz milagrosa de Urgel, y sin embargo duda, no ante la magnitud de la empresa, sino solamente ante su ejecu-

(1) *Idoneos nos fecit ministros novi testamenti* (II Corintios. III. 6.) *Illos quos Deus ad aliquid elegit, ita preparat et disponit, ut ad id ad quod eliguntur inveniuntur idonei, secundum illud; idoneos &c.* (Sto. Tomás 3 p-quest. 27. art. 4. c.)

(2) *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tamquam Aaron.* (Hebreos. V. 4.)

ción. ¿Ha sido él el escogido, ó es otro? ¡Ah! cuántos Directores de la juventud se lanzan hoy á ese ministerio, llamados sólo por su imaginación! Hace veinte años que por todos lados se fundan obras para la juventud: para sostenerlas hacen seglares piadosos los más grandes sacrificios pecuniarios, y al poco tiempo fracasan la mayor parte, porque no han comenzado los fundadores, y, sobre todo, no han continuado como José de Calasanz.



CAPÍTULO VI

FUNDACIÓN

1597-1599

MUCHO tiempo había pasado San José sin conocer su vocación; pero ya no podía dudar: la voluntad de Dios le había sido claramente manifestada por sus celestiales visiones y por la unánime opinión de sus directores. Debía consagrarse á la educación de la juventud. Dió principio inmediatamente á aquella obra, no siendo ya en adelante su vida sino una cadena de éxitos y de contradicciones de todo género: éxitos en la santificación de los niños y de los jóvenes, persecuciones de parte de los hombres, á veces malvados, y con frecuencia, inconscientes del mal que hacían. Cambien nuestros lectores los nombres y las fechas, y tendrán la historia de todas las buenas obras del mundo, á lo menos de aquellas, como ya hemos dicho, que han de hacer mucho bien, y han de durar mucho.

No le fué difícil encontrar en un principio gran número de niños pobres sin ninguna clase de instrucción civil y religiosa: no era aquello difícil en la gran ciudad de Roma; pero ¿qué podía hacer solo? Ante todo, pues, se dedicó á buscar cooperadores, que era la gran dificultad de todos los directores de obras. Era miembro de la Asociación de la Doctrina Cristiana, conocía perfectamente á todos sus cofrades: naturalmente se había de fijar primero en ellos. Ofrecieronle su ayuda dos excelentes sacerdotes, que comprendían muy bien que una sesión de catecismo, aunque se repitiese muchas veces, no bastaba á neutralizar las perversas influencias de la familia ó de la calle, y hoy añadiríamos del taller.

Asegurado aquel corto personal de maestros, había que buscar lugar á propósito. En calidad de Visitador de la Cofradía de los Santos Apóstoles, había recorrido durante cinco años todos los barrios de Roma, y conocido todas las miserias, y estaba convencido de que el mayor número de niños abandonados estaba en el Transtibere, poblado de gente pobre. Allí, pues, se propuso abrir su primera Escuela. Era amigo suyo el cura de